Sarraza no volvió á ver á su prometida temiendo le descubriesen como al asesino del padre Nava.

Por fin, á los seis meses decidió ir en busca de su antigua amante con otro despravado fin, el de robarse á Margarita.

A la mañana siguiente, dice la leyenda popular, el pueblo que vivia por la casa del padre Nava, contemplaba horrorizado sobre el puente de la zanja, á Sarraza estrangulado á manos de un esqueleto que vestía negra sotana, y como prueba patente de un crimen misterioso, el cráneo del esqueleto tenía clavado un puñal . . .

. . . . . .

Tan honda impresión causó este acontecimiento que esa calle, aunque ya sin el puente ni la zanja, guarda todavía el nombre de calle del Puente del Clérigo.

El Comvento de Santa Brigida.

El caso curioso y raro que voy á referir pasó el siglo XVIII y el año de 82.

Trascurría el año del Señor de 1782. El convento de Santa Brígida, fundado en 1734, había cambiado por completo en menos de medio siglo; la iglesia se había agrandado un poco,

D. José Francisco de Aguirre y su esposa Doña Gertrudis Roldán, fundadores del monasterio habían muerto y descansaban en el presbiterio de la Iglesia, las RR. MM. Teresa Brígida, Eduarda de Jesús, María Tomasa de San Francisco y demás compañeras, primeras moradoras de ese convento, dormían también el sueño eterno en el Coro bajo, y en fin, los claustros se habían aumentado por el gran número de monjas y novicias que encerraba aquel santo monasterio.

Entre las monjas profesas, entre aquellas santas mujeres que olvidando el mundo en la flor de su edad se encerraban en el claustro para entregar su corazón á Dios y su pensamiento á la contemplación de altos ideales, había una encantadora joven como de 19 á 20 años, llamada Teresa Isabel de Villavicencio, hija de un rico hacendado de Veracruz y la cual, según se decía, la había llevado allí un desengaño de amor, una infidelidad de un joven llamado Carraza bibliotecario que era del claustro de los Doctores en la Real y Pontificia Universidad de México.

Aquella joven había sufrido una de esas maravillosos transformaciones que hacen del hombre un sér superior y casi angélico.

Antiguamente, Teresa Isabel, brilló en los salones, admirando por su gallardía, por su gracia, por el hechizo de su figura escultórica, de su mirada llena de dulcedumbre y poesía. Ahora, la hermosura de Isabel era diferente.

Es indecible cuanto realza la belleza del alma á la belleza del cuerpo.

Era Isabel, alta y delgada, pero con esa delgadez propia de las personas espirituales que avasallan la carne y la hacen servir á las glorias á las fruiciones y á las celsitudes del espíritu. Su cutis tenía la tersura y el color de la rosa de Alejandría, y así como un vaso de alabastro dentro del cual hay depositada una luz, adquiere cierto brillo luminoso, así las mejillas de Teresa Isabel, tenían algo más que la sola carne, eran traslucidas, digámoslo así, y dejaban transparentar la luz del espíritu.

Andaba Sor Teresa, pero no como el que siente el peso de su cuerpo, sino con una ligereza aérea, semejante á la del ave que roza y arruga ligeramente la superficie de los lagos.

El timbre de su voz hacía sentir la voz de una alma, toda dulzura, toda belleza, toda humildad.

Había dejado aquella alma los míseros amores de la tierra para volar como la garza real por la inmensidad azúrea, para volar por los cielos del verdadero Amor, de la estática contemplación.

Sus compañeras decían que su cuerpo exhalaba un aroma, como de nardos, como de azucenas.

La amaban, la respetaban, la admiraban. Su humildad, sobre todo, y su espíritu de obediencia, las enternecía.

Llegó el mes de Diciembre del expresado año de 82; la comunidad se disponía á asistir á las

solemnes vísperas de la patrona de México, la Virgen del Tepeyac; pero con asombro de todas oyeron decir á Sor Teresa Isabel, que ella no asistiría pues sabía que se acercaba el fin de sus días.

Pocas horas después Sor Teresa Isabel, sin síntomas de ninguna clase, entregaba su alma al Creador, rodeada de toda la comunidad, recostada en tosca cama de tablas y lleno el cuerpo de punzadores cilicios. . . . . .

La comunidad dispuso enterrarla, para lo cual se mandó por el ataud: llegó éste, pero desgraciadamente era pequeño y el cadáver no cabía; la noche se acercaba y no podría tener verificativo el entierro. ¿Qué hacer en este caso? A nadie se le ocurría nada, hasta que una monja se acercó á la Superiora aconsejándole que por vía de obediencia le mandara cupiese en el ataud.

Reunióse y arrodillóse la comunidad, se encendió el cirio de Nuestro Amo, se colocó el cadáver sobre el ataud y poniéndose en pié la superiora dijo con voz grave y pausada, "hija, ya que en vida nos diste ejemplo de mansedumbre y de obediencia, te mando quepas en ese ataud." . . . . . .

En ese momento un ruido sordo y un golpe seco anunciaron que el cadáver había caido al fondo del ataud en que fué sepultada aquella santa mujer, honra de las monjas mexicanas.

Fué colocada en el coro alto, en el muro derecho, poniéndosele tan sólo en su lápida S. T. I. pero en el convento hasta su extinción se

---

1871.

guardaba en todos los corazones el nombre de Sor Teresa Isabel.

La Campana del Reloj de Palacio

En el año de 1412 vivían en Toledo dos hermanos, estudiantes de derecho, llamados Gil y Enrico de Marcadante, Gil era el verdugo de su hermano, la pesadilla de sus compañeros y la desolación de su madre. Irrespetuoso, y todavía más altanero y hostil para con ella, desde niño había manifestado un genio indomable y los gustos más depravados. En su infancia se complacía en dar lenta y dolorosa muerte á los animales más benéficos é inofensivos y en maltratar y asustar á los niños de menor edad que él.

Una vez crecido, la violencia de su carácter no reconoció límites ni miramiento alguno. Provocaba á todos sus compañeros y los insultaba soezmente y á la menor contrariedad prorrumpía en las más horrendas blasfemias é imprecaciones. Aquella boca parecía un hervidero de sapos, culebras y sabandijas. Sus compañeros, por esta razón, dieron en llamarlo con el dictado poco honroso de *el diablo*.

Las costumbres de Gil no habían sido nada edificantes ni en el colegio ni cuando salió de él y se aseguraba que en lo recóndito de su casa y á las altas horas de la noche se entregaba á horribles y espeluznantes prácticas, llegándose hasta decir que había hecho pacto con el mismo Satanás.

Contaban que una herida que recibió en un duelo se le cerró y cicatrizó al momento; que se le había visto una noche abrir los gruesos barrotes de una verja de fierro como si fueran cordones de seda; que una piedra que había tocado en un momento de furor permaneció caliente, hasta quemar, por largos días: que todo esto había hecho que se le encausase como hechicero y que se le pusiese preso con gruesa cadena al pié, pero que con espanto y pasmo de los carceleros, habían quedado en la prisión únicamente la cadena y las piezas de la armadura, las cuales al ir á ser recogidas, días después, se levantaron y empezaron á andar por sí mismas.

Los jueces, sabidas tan estupendas cosas, mandaron quemar á Gil y su armadura fué fundida haciéndose con ella una cruz que sobre un pedestal de piedra fué colocada en el encuentro de dos caminos. De esta manera convirtiendo la armadura en signo santo de la redención, quisieron compensase en algún modo las blasfemias de Gil.

1871.

Se dice que al fundir la armadura salían del fondo de las llamas blasfemias y carcajadas infernales que llenaron de pánico á los trabajadores.

Casi un siglo permaneció la cruz en la confluencia de los dos caminos, hasta que se ordenó fuese quitada de allí á fin de convertirla en campana que se destinaba á un monasterio cercano á Madrid.

La orden se cumplió, pero sucedió entonces que la campana repicó por sí sola algunas noches, aun en presencia de algunos sacerdotes que habían ido á conjurarla. La Inquisición que tuvo conocimiento de este raro suceso, sentenció á la campana á la pérdida de la lengua y á destierro perpétuo qne extinguiría en la capital de la Nueva España.

La campana era de artística construcción; la adornaban varios relieves y remataba en una corona imperial asida por dos leones.

Cuando llegó á México fué colocada en el reloj de palacio dando las horas herida exteriormente por unos martinetes y allí permaneció hasta hace pocos años en que fué quitada y fundida no sé con qué objeto.

EL CLERIGO EN PENA

En el mes de Julio de 1712 comenzó á decirse que en la calle de Jesús María frente á la reja del Cementerio de la Iglesia, aparecía un clérigo que andaba en pena, que todas las noches á las 7 aparecía y que al pasar algún charco formado por las lluvias de aquellos meses, se levantaba los hábitos mostrando unas secas y amarillentas canillas.

Ya unos decían que era un jesuita que había muerto renegando; otros, que era un virtuoso sacerdote que vivió más de treinta años en el 7 de esa calle y que murió sin dejar arreglados sus negocios y, finalmente otros aseguraban que era un rico benedictino que andaba en pena para ver á quien legaba su cuantiosa fortuna.

El vecindario estaba alarmadísimo; ningún mancebo quería aventurarse por la calle después del toque de oraciones, y las familias desde esa misma hora se encerraban y atrancaban sus puertas fuertemente, pues ninguno quería verse cara á cara con un muerto.

La ronda recogió los cuerpos de unas infelices mujeres que se habían desmayado al encontrarse con el espectro.

1871.